

Globalización: Mito y realidad

Jürgen Schuldt

Jaime Astudillo Romero

Marena Briones Velasteguí

José María Tortosa

Juan Francisco Martín Seco

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG



**INTERNATIONAL
EDITORIAL**

338

571

7628
5775
Ecuador

GLOBALIZACION: MITO Y REALIDAD

Autores: Jürgen Schuldt, Jaime Astudillo Romero, Marena Briones Velasteguí, José María Tortosa y Juan Francisco Martín Seco

Edición: ILDIS (Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales)
Calle: José Calama Nº 354 y Juan León Mera
Casilla: 17-03-367
Teléfonos: (593-2) 562103 / 563664
Fax: (593-2) 504337
E-mail: ildis1@ildis.org.ec
Quito-Ecuador

TRAMASOCIAL Editorial
Calle: Reina Victoria 447 y Roca Of. 2-B
Casilla: 17-21-354
Teléfono: (593-2) 529246
E-mail: tramasoc@uio.satnet.net
Quito-Ecuador

Diseño de portada y diagramación: Eduardo Sánchez R.

Registro Nacional de Derechos de Autor Nº 012204 de septiembre 17/98
ISBN: 9978-40-660-3

Impreso en Imprenta Tinta Fresca-Teléfono: 566320
Quito-Ecuador - septiembre de 1998

Indice

Presentación	7
Desmitificando el concepto de globalización <i>Jürgen Schuldt</i>	9
Globalización y diversidad <i>Jaime Astudillo Romero</i>	39
La globalización y las mujeres ¿Una cuestión de identidad? <i>Marena Briones Velasteguí</i>	57
Globalización y diferencias culturales <i>José María Tortosa</i>	69
Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo <i>Juan Francisco Martín Seco</i>	87

Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo*

— *Juan Francisco Martín Seco***

Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo

Nada más curioso que el fenómeno Fukuyama, un sólo artículo ha sido bastante para lanzarle desde el anonimato a la popularidad universal. Y es que las ideas cuanto más extravagantes más posibilidades tienen de expandirse, sobre todo, si están en consonancia con las pretensiones e intereses de los que controlan la opinión mundial.

* Ponencia presentada en el Seminario internacional "América Latina y el Sistema Internacional Contemporáneo: Perspectivas Políticas y Económicas", organizado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y la Universidad de Cuenca, los días 27 y 28 de noviembre de 1997

** Ex-interventor General del Estado. Ex-Secretario General de Hacienda en España.

El mensaje de Fukuyama ha tenido tanta resonancia por que, en el fondo, es lo que deseaba escuchar el “establishment” e incluso gran parte de la sociedad occidental satisfecha. Es difícil si no explicar cómo en las postrimerías del siglo XX desde la atalaya de la acumulación de conocimientos históricos traducidos en sano escepticismo, y con el horizonte de grandes interrogantes mundiales, se puede hablar en serio del fin de la historia.

Se han apresurado a cantar victoria. Los países capitalistas, o más bien quienes en ellos mantienen el poder, tenían prisa. Había que dar la impresión de que no existía disputa ni polémica posible. Fukuyama se ha convertido en un símbolo no tanto del fin de la historia, como de aquéllos a los que les gustaría liquidar la historia porque piensan que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

En realidad, el fenómeno no es nuevo. A lo largo de los tiempos, todas las culturas han tendido a perpetuarse y han generado apologistas dispuestos a negar la posibilidad de cualquier cambio bajo la suposición de que la estructura socio-política vigente era la óptima. No se trata tanto de defender una ideología, como de negar el derecho a existir de otras. Cerrar el tiempo. Despreciar por utópica cualquier otra posición alternativa.

Hoy en día, los defensores y beneficiarios del orden internacional mantienen como verdad científica y casi religiosa la permanencia inmutable del sistema actual, y condenan con la descalificación y el ostracismo a todos aquellos que, aunque sea mínimamente, se atreven a plantear dudas acerca de la robustez de los valores imperantes. Ellos solos y por su cuenta han decretado la muerte del socialismo y con él se han apresurado a enterrar cualquier ideología de izquierdas, así como toda aspiración a una realidad más justa y a un mundo mejor.

Frente a esta beatería azul pastel que canta alabanzas y salmos al mundo capitalista, la realidad mostrenca, terca, nos dice diaria-

mente lo contrario. Las soluciones han podido fracasar -a saber de quién es la culpa-, las ideologías han podido quedar viejas -no más que las que propugnan los místicos del sistema-, pero las preguntas, dudas y contradicciones mantienen toda su actualidad.

Porque lo cierto es que nuestra satisfecha sociedad guarda en su vientre un secreto por todos conocido, pero conscientemente olvidado: lacerantes desigualdades como jamás ha sufrido la historia de la humanidad.

La diferencia existente entre la renta per capita de Suiza (34.000 dólares) o Estados Unidos (22.000 dólares) y la de Etiopía (137 dólares) crea un abismo difícil de justificar. Los treinta y seis países más pobres del planeta, que concentran la mitad de la población mundial, no alcanzan una renta de 425 dólares per capita; y los setenta y ocho países de la periferia, incluyendo a los anteriores, con las cuatro quintas partes de la población del planeta, están por debajo de los 2.000 dólares per capita de renta nacional.

Incluso en los países desarrollados, la pobreza se extiende entre el 20, y el 40 por ciento de la población, y crea situaciones difíciles de sostener.

La distancia que separa a los países ricos de los pobres, lejos de acortarse con el tiempo, se amplía más y más, y las condiciones demográficas contribuyen a que el porcentaje de la población mundial que vive en la periferia del sistema sea cada vez mayor. Si hace veinticinco años se hablaba de que las dos terceras partes de la humanidad estaban condenadas a la máxima pobreza, hoy se puede afirmar que son las cuatro quintas partes de la población mundial las que están sometidas a la miseria.

La tan manida división entre centro y periferia, entre Norte y Sur, es algo más que una realidad desagradable con la que estamos obligados a vivir, es el resultado querido y provocado en el

plano internacional por un sistema y unas relaciones de producción radicalmente injustas. Porque, el sistema capitalista mundial funciona de acuerdo con determinadas reglas que polarizan las distintas agrupaciones sociales en un centro y en una periferia, e impiden que ésta pueda salir de la situación en que se encuentra. No es cierto que, como ha dicho Rostow, sea un problema de tiempo y de etapas, sino más bien que, tal como ha sido afirmado por infinidad de autores, el precio de la prosperidad del centro es la pobreza de la periferia.

La acumulación de capital y la internacionalización de la economía crean progresivamente condiciones de mayor desigualdad y la perpetuación del colonialismo; un colonialismo diferente del que ocasionó las dos guerras mundiales, pero no por eso menos duro y efectivo.

Este mundo, así definido, puede ser todo menos estable. Al margen de los deseos de aquéllos que, satisfechos, cantan al orden establecido, lo cierto es que este orden, si así se le puede llamar, es inestable y generará miles de desequilibrios.

La periferia se negará a aceptar como definitiva una realidad que la condena permanentemente a la miseria; el centro, para mantener sus privilegios, deberá encasillarse y endurecer sus posiciones, y nuevas oleadas de bárbaros presionarán en “las marcas del imperio” para acceder al círculo de la abundancia.

El libre cambio

Como no podía ser de otro modo, los seguidores del neoliberalismo económico proyectan a la escena internacional su veneración por las leyes del mercado, y se declaran, en teoría, furibundos partidarios del libre cambio. Esta doctrina, parte de David Ricardo y llega a nuestros días sin grandes innovaciones en sus fundamentos esenciales. Establece que la mejor política en el

campo del comercio internacional es la de la absoluta libertad, evitando cualquier tipo de restricciones gubernamentales, de manera que cada país se especialice en aquellas actividades para las que disponga de “ventajas comparativas” con respecto al resto.

La doctrina está basada en una aparente lógica que no es otra que la aplicación de la división del trabajo al comercio internacional. Cuantas menos trabas tengan tanto los compradores como los vendedores, mejor para todos. ¿Pero qué ocurre cuando un país carece de cualquier ventaja en la fabricación de los diferentes productos? O viceversa, ¿qué sucede si es un solo país el que presenta mayores ventajas en la producción de todos los bienes? El sentido común nos dice que los países más competitivos terminarían arrasando y adueñándose de todos los mercados y los menos competitivos no lograrían exportar ninguno de sus productos. Es decir, los más desarrollados se harían más ricos y los del Tercer Mundo se hundirían en su pobreza. Además, esta situación tampoco podría prolongarse en el tiempo, el desmantelamiento de los tejidos productivos y por lo tanto el empobrecimiento de los países carentes de ventajas comparativas les llevaría, una vez agotada su capacidad de endeudamiento, a la imposibilidad de adquirir productos en otros países. El resultado, por tanto, a medio y largo plazo sería condenar a la pobreza y a la marginación a grandes capas de la población, sin que por otra parte los más competitivos lograsen beneficios duraderos.

La teoría clásica contempla el problema desde otro ángulo. Para sus defensores, la desigualdad de los países en el punto de partida no constituye una objeción seria, no invalida sus conclusiones. El equilibrio se produciría de igual modo a través del patrón oro. Los desajustes en las balanzas de pago deberían saldarse mediante movimientos de oro desde los países deficitarios hacia los que presentan superávit en sus cuentas exteriores, lo que generaría, siempre y cuando se cumpla la teoría cuantitativa del dinero, una reducción de los precios en los primeros y procesos inflacio-

narios en los segundos, estableciéndose así una nueva estructura de costes en la que todos los Estados presentarían ventajas comparativas, al menos en la fabricación de algunos productos, lográndose de este modo el equilibrio en el comercio internacional.

Tras el abandono del patrón oro en el sistema monetario internacional, la teoría del libre cambio adaptó perfectamente sus postulados a las nuevas coordenadas. La única diferencia radica en que, a partir de ese momento, el ajuste habrá de producirse por las devaluaciones o apreciaciones de las divisas dando lugar a nuevas relaciones de intercambio.

En realidad, en todas las materias, el modelo neoclásico se apoya en los mismos principios y maneja las mismas soluciones. Todo se reduce a admitir la flexibilidad de los precios. Si un país, en un momento concreto, no presenta ninguna ventaja comparativa, se debe únicamente a que mantiene frente al exterior una estructura de precios incorrecta que se corregirá mediante modificaciones en el tipo de cambio. Es conveniente recordar que el primer precio es el salario; es decir, un país que deprecie su moneda está reduciendo los salarios interiores con respecto a los que se pagan en el extranjero.

Es por eso por lo que la versión más reciente de la teoría del libre cambio, la de Hecksher-Ohio-Samuelson, apoyándose en el mismo principio básico, fundamenta la ventaja comparativa de los países en la mayor disponibilidad relativa de los diferentes factores de producción; de manera que las economías tienden a especializarse en función de la mayor o menor abundancia de cada uno de ellos. Así, aquellos que carecen de capital pero dispongan de un número excesivo de trabajadores, se especializarán en productos y servicios intensivos en mano de obra; mientras que, por el contrario, allí donde haya un superávit relativo de recursos financieros se desarrollarán actividades que requieran un alto grado de acumulación de capital, pero pocos trabajadores, aunque

muy cualificados¹.

Lo sorprendente de la teoría del comercio internacional y del modelo neoclásico es su defensa de que la mejor política posible para un país es la del libre comercio, no solo cuando es generalizada y todos los países se atienen a sus exigencias, sino aun en el caso de que otro u otros países practiquen una política proteccionista. Estarían así injustificadas las actuaciones tendentes a empobrecer al vecino mediante el uso de aranceles y contingentes a la importación. La verdad es que estas aseveraciones son bastante difíciles de creer; y de hecho, en la práctica, ningún país las acepta y solo están dispuestos a desarmarse comercialmente a condición de que otros hagan lo mismo. Es más, los distintos acuerdos de comercio internacional son siempre extrañas mezclas de proteccionismo y de libre cambio, en los que cada país intenta obtener la mayor libertad posible de exportación para sus productos, a la vez que busca un alto grado de protección para sus mercados frente a los artículos extranjeros.

Pero el neoliberalismo económico da un paso más y pretende que, aun cuando el punto de partida entre los distintos países sea muy desigual en riqueza, nivel de salarios y renta per cápita, la adopción del libre cambio irá amortiguando las diferencias, siempre que se acepte también la libertad absoluta de circulación de los factores de producción. Tal aspiración parte del hecho de que la productividad marginal es decreciente, por lo que la rentabilidad del capital aumentaría a medida que escasease este factor y dispusiera, sin embargo, de abundante mano de obra, produciéndose el proceso contrario en lo referente a la retribución de los trabajadores. La traslación de estos planteamientos a la realidad

1 Los déficits comerciales de algunos países obedecen tan solo, según el liberalismo económico, a que sus salarios son demasiado elevados para poder ser competitivos, en las condiciones productivas en que se encuentran. Para lograr el equilibrio exterior es imprescindible reducir las retribuciones de los trabajadores, de manera que sus productos se abaraten frente al exterior.

internacional, implicaría que la rentabilidad del capital sería mayor en los países del Tercer Mundo que en los desarrollados, mientras que los salarios serían mucho más reducidos en los primeros. Es lógico suponer que si no existe ninguna traba para la libre circulación de capitales, estos emigrarán hacia los países subdesarrollados hasta que se instaure el equilibrio tanto en la retribución del capital como en el nivel de salarios y por lo tanto, antes o después, se lograría la equiparación de la renta per cápita. Lo único que se necesita es que en los países receptores del capital se generen las condiciones adecuadas para acoger la inversión extranjera: creación de infraestructuras, formación de la mano de obra, desregulación de los mercados laborables, flexibilidad absoluta para la libre circulación de capitales y para repatriar los beneficios y, por supuesto, que las condiciones políticas no creen incertidumbres adicionales.

Este planteamiento, sin embargo, choca frontalmente con la realidad y la experiencia. De cumplirse las prescripciones del neoliberalismo económico, sería de esperar que el comercio internacional se desarrollase especialmente entre países con economías diferentes. Los países desarrollados exportarían artículos sofisticados, intensivos en capital, e importarían de los países más pobres materias primas y bienes poco elaborados cuya producción tan sólo necesita de mano de obra, y viceversa. Pero los hechos son otros. La mayoría del comercio mundial se efectúa entre los países del primer mundo, con economías muy parecidas y producciones similares en muchos casos; por el contrario, los países pobres apenas participan de las corrientes internacionales de intercambio, e incluso en los ejemplos más extremos de miseria, quedan prácticamente excluidos de la economía mundial, incapaces de competir en ninguna faceta.

Tampoco se cumple el pronóstico de que el capital afluiría de los países ricos a los pobres. Más bien ha sido al contrario. A partir de 1983, tal como afirma Pedro Montes, se ha producido una

transferencia neta de recursos financieros desde los países subdesarrollados al resto, principalmente al primer mundo.

“Las corrientes de inversión directa neta ascendieron en la década 1982-91 a 110.000 millones de dólares, pero los pagos por dividendos se elevaron hasta 91.000 millones, reduciendo el flujo neto, por tanto, sólo a 19.000 millones. Los préstamos exteriores netos privados, a medio y largo plazo, experimentaron una caída brusca a partir de 1982 tras desencadenarse la crisis de la deuda, elevándose para el conjunto de la década 1982-91 a 141.000 millones de dólares. Sin embargo, los intereses pagados por dichos préstamos ascendieron a 357.000 millones de dólares, por lo que resultó una transferencia neta contra los países en desarrollo de 216.000 millones. Las transferencias de recursos mediante préstamos a corto plazo se saldaron también negativamente (las burguesías locales hicieron patria colocando sus capitales en el extranjero) por un importe de 106.000 millones de dólares.

Las donaciones privadas netas ascendieron a 33.000 millones durante la década, en tanto que las donaciones de gobiernos y organismos oficiales se elevaron a 153.000 millones de dólares. Por otro lado, los créditos oficiales netos representaron en los diez años aludidos unos recursos financieros de 224.000 millones de dólares, pero los pagos por intereses, por 156.000 millones, los dejaron reducidos a una aportación neta de 69.000 millones.

El conjunto de las operaciones reseñadas arroja un saldo de transferencias de recursos financieros en contra de los países en desarrollo de 49.000 millones de dólares. Pero teniendo en cuenta que las reservas de divisas de esos países aumentaron en la década en 116.000 millones de dólares, y que ese aumento tiene el significado de un préstamo a favor de los países que emiten las reservas, el balance total en la década 1982-91 de las transferencias de recursos financieros es negativo para los países en desarrollo

por 165.000 millones de dólares”².

Se ha pretendido explicar esta concentración de capital en los países ricos y su huida de los del Tercer Mundo por la mejor y más abundante tecnología de la que gozan los primeros; pero, en realidad, tal formulación constituye una petición de principio, porque si esto es así, es precisamente por la carencia de capital que tienen los últimos. La tecnología es cara. En definitiva, subsiste la pregunta de por qué no acude el capital, y con él la tecnología, a los países subdesarrollados si la rentabilidad de este factor, tal como afirma la teoría neoclásica, es mayor en el Tercer Mundo.

Se ha dicho también que la cualificación de la mano de obra es muy superior en los países del Norte que en los del Sur. Lo cual es cierto y explica parcialmente las diferencias de salarios entre las distintas regiones, pero solo parcialmente, porque de otro modo no se comprendería cómo existen masas inmensas de trabajadores del Tercer Mundo dispuestos a emigrar a los países desarrollados, donde gozarán, sea cual sea su nivel de especialización, de mejores condiciones de trabajo que en sus países de origen.

Una vez más, el liberalismo económico y la teoría neoclásica se mueven en modelos de laboratorio, totalmente alejados de la realidad. Sus famosos mercados autorregulados fallan, y las cosas son muy distintas de como aparecen en sus libros de texto. Siempre interfiere un buen número de variables no previstas; entre ellas no es la menos importante en los momentos presentes el incumplimiento de esa suposición acerca de la existencia generalizada de rendimientos decrecientes³. Hoy, nos movemos en un mundo de economías de escala, donde el coste de producción se abarata a

2 Pedro Montes. El Internacionalismo Neoliberal, en “La larga noche neoliberal”, Ed. Icaria e I.S.E., Madrid, 1993, p. 76.

3 La teoría neoclásica del desarrollo se fundamenta en que la acumulación de capital en los países ricos conduce a que su rentabilidad sea menor.

medida que aumentan las unidades producidas. Lo que justifica la tendencia a ampliar lo más posible los mercados, al tiempo que se persigue el monopolio, o al menos el oligopolio, porque cuanto más amplio es el mercado que se domina, más probabilidades hay de reducir costes. En cierta medida, los mercados terminan por ser cautivos y tan solo se puede entrar en ellos tras cuantiosas inversiones y rompiendo las cuotas ya adquiridas por los competidores; así, la progresiva desaparición de la pequeña y mediana empresa es un hecho, especialmente en determinados sectores industriales. La única posibilidad de hacerse un "nicho" en la fabricación de ciertos productos es mediante cuantiosas acumulaciones de capital e introduciendo particularidades en los artículos que los singularicen de alguna manera. Existe, pues, junto a la globalización geográfica, una parcialización de los mercados en la que, en realidad, cada empresa actúa como monopolista de sus propios productos diferenciados. Se da así un nuevo concepto de competencia, llamada a veces competencia imperfecta o monopolística, que nada tiene que ver con esa competencia con mayúscula que defiende el modelo neoclásico⁴. Esta nueva organización productiva solo es viable si se cuenta con mercados extensos y la rentabilidad será tanto mayor, cuanto mayor sea el volumen de producción y ventas. Se juega, por tanto, con funciones de costes marginales decrecientes⁵.

La aceptación de este comportamiento generalizado de los

-
- 4 La diferencia esencial entre uno y otro tipo de competencia radica en el poder que el empresario tiene frente a los precios; mientras que en la competencia perfecta las empresas son precio-aceptantes, esto es, el precio les viene impuesto por las teóricas leyes del mercado, en el caso de la competencia imperfecta las empresas tienen una relativa capacidad para fijar sus precios.
 - 5 La teoría ha admitido siempre que la existencia de inmovilizados, y por lo tanto de unos costes fijos en el proceso productivo, conduce a que, en un primer tramo de la cantidad producida, los costes marginales sean decrecientes; pero, a partir de un determinado nivel de ventas, los costes marginales se transforman en crecientes y los rendimientos, por tanto, en decrecientes. Las economías de escala y los rendimientos crecientes serán la excepción y no la norma general. Lo novedoso de la actual situación es precisamente que la excepción se convierte en norma general.

mercados dinamita la teoría neoclásica del comercio internacional y del crecimiento. Si los rendimientos marginales del capital son crecientes, este tiende a la concentración y a la acumulación. Lejos de suponer que la libertad de comercio y la libre circulación de capitales produce un flujo positivo de recursos de los países más capitalizados a los más pobres, hay que mantener la existencia del proceso inverso⁶. Queda rechazada por tanto la tan acariciada idea del equilibrio a través de la convergencia de los países en su nivel de riqueza. Tampoco existe ninguna razón para pensar que se producirá un acercamiento en la renta per capita, ni en el nivel de los salarios. Bien al contrario, los países pobres serán cada vez más pobres y los ricos, cada vez más ricos. El libre cambio tiene consecuencias funestas para los países subdesarrollados, que se ven inmersos en un círculo de pobreza sin vislumbrar la salida. Los desequilibrios en su balanza de pagos les obligarán a endeudarse de manera permanente; pero, curiosamente, una gran parte de esos recursos, en ausencia de mecanismos de control de cambios, retornarán a los países ricos en forma de inversiones, ya que los capitalistas del Tercer Mundo preferirán invertir en los países desarrollados, donde la rentabilidad es mayor.

En realidad, este fenómeno de concentración de las inversiones ha sido desde siempre ampliamente conocido. De hecho, solo así se explica el fenómeno de las grandes urbes y los desequilibrios regionales que se producen dentro de los Estados nacionales⁷. Sin embargo, estas desigualdades entre las zonas de un mismo país se han paliado a menudo mediante la actuación del Estado. El sector público ha asumido frecuentemente un papel activo practicando una redistribución de la renta regional a través

6 Las grandes multinacionales tenderán a dominar los mercados con sus productos, pero sin que esto implique invertir en esos países. Es posible que en muchas ocasiones adquieran las empresas nacionales con la única finalidad de eliminar a un competidor.

7 Lógicamente, cada Estado representa un mercado único, ausente de cualquier restricción para que los bienes y los factores de producción puedan circular libremente.

de los mecanismos presupuestarios y de la seguridad social, y poniendo en marcha políticas encaminadas a desarrollar las zonas más deprimidas. Mas todo esto desaparece cuando nos trasladamos al plano internacional⁸; en él perviven únicamente los mecanismos del mercado en estado puro que, tal como venimos observando, no solo no garantizan la convergencia sino que, además, pueden aumentar la desigualdad.

Globalización de la economía

Por desgracia tales teorías económicas han traspasado el ámbito de los defensores del neoliberalismo económico, siendo asumidos por parte de las socialdemocracia. El social-liberalismo, tal como muestra el último documento aprobado por la internacional socialista, cae en la trampa preferida del neoliberalismo económico: la de la globalización de la economía, entendida como un hecho irreversible, una revolución de dimensiones ciclópeas acaecida en los últimos veinte años que viene a cambiar de manera radical el mundo y la sociedad. Nada es igual, un mundo nuevo “ante el que no sirven los viejos dogmas”, claro que eso que llaman los viejos dogmas se pretende cambiar por otros que sí que son dogmas, e infinitamente más viejos.

El concepto de globalización de la economía se utiliza de forma abusiva y ambigua. En sentido estricto, es difícil afirmar su existencia cuando la mayoría del comercio internacional se efectúa entre los países desarrollados, y cuando amplias zonas de nuestro planeta quedan prácticamente al margen de los circuitos

8 La emigración de la mano de obra es otro elemento que ha contribuido a paliar la pobreza de las zonas deprimidas, proceso que sin duda presenta graves inconvenientes y enormes costes sociales, pero que evita situaciones aun peores. Estos movimientos migratorios cuentan con fuertes restricciones legales entre los países ricos y los pobres, y hasta en aquellas zonas de mercado único como la Unión Europea, donde teóricamente no existen, el idioma y la distinta cultura constituyen barreras infranqueables.

internacionales. Y algo parecido ocurre con el término “deslocalización” que, si existe, no es desde el primero al tercer mundo, sino a la inversa, ya que este último es exportador neto de capitales. Incluso esos dragones asiáticos con los que se pretende coaccionar permanentemente a las clases trabajadoras del primer mundo para que acepten condiciones laborales más desfavorables tienen muy poca importancia relativa en la economía mundial. España, por ejemplo, realiza con estos países el 1,9% de todas sus importaciones y el 2% de sus exportaciones, mientras que aproximadamente el 80% de importaciones y exportaciones las lleva a cabo con los países de la OCDE.

Pero es que, en segundo lugar, refiriéndonos exclusivamente a los países ricos, ese fenómeno llamado globalización no tiene la importancia que se le pretende dar y, en ningún caso, las modificaciones producidas en el comercio internacional en los últimos veinte años adquieren la condición de revolución o de un cambio cualitativo capaz, como se pretende, de justificar una nueva estrategia económica o de dejar obsoletos los presupuestos políticos y económicos de antaño. En realidad, se trata de modificaciones cuantitativas más o menos significativas, pero sólo eso.

Es verdad que por ejemplo en estos momentos la economía de Estados Unidos es más abierta que en 1960, es decir, que el comercio exterior ha crecido a un ritmo mayor que el PIB. Si en 1960 importaciones y exportaciones rondaban el 5% del PIB, hoy se sitúan alrededor del 10%. Pero este último porcentaje en ningún caso autoriza a hablar de mundialización de la economía. Qué diríamos de una empresa que comprase y vendiese a sus empleados el 90% de sus inputs y de sus outputs, respectivamente. Lo dicho anteriormente es también aplicable a Japón y a la Unión Europea. El primero incluso ha seguido una evolución contraria a la de Estados Unidos, y tanto las importaciones como las exportaciones han reducido su participación en el PIB. En Europa, las importaciones y exportaciones extracomunitarias han crecido

más o menos al mismo ritmo que lo hacía el PIB; cosa distinta ha sido el comercio intracomunitario, pero ello obedece a otras razones a las que luego me referiré.

Tampoco es válido argumentar que aunque la mayoría de la producción se venda en los mercados nacionales éstos están sometidos a la competencia internacional. Los servicios ocupan hoy en día, en todos los países, bastante más de la mitad del PIB, y se encuentran aislados en una proporción importante de la concurrencia exterior por la dificultad que existe en transportarlos. Pero es que ni siquiera en el resto de la economía se puede afirmar que exista competencia en todos los sectores y mercados. En la mayoría de ellos ocurre todo lo contrario, en algunos casos porque están dominados incluso a escala mundial por muy pocas empresas, y en otros porque las prácticas proteccionistas no han desaparecido por completo, valga de ejemplo más extremo lo que ocurre con el sector primario en la Unión Europea.

Si alguna vez existió una auténtica revolución en el ámbito del comercio internacional, acaeció —tal como afirma Paul Krugman—⁹ a mediados del siglo XIX, cuando los ferrocarriles y los barcos a vapor hicieron posible el transporte a gran escala de mercancías voluminosas. En aquella época sí que aumentó vertiginosamente el comercio internacional. El país con una economía más fuerte, Gran Bretaña, exportaba más de un tercio de su PIB. Es decir, tres veces lo que exporta actualmente Estados Unidos. Y esa actividad mercantil iba acompañada de grandes movimientos de capitales, Gran Bretaña llegó en algunos años a invertir en el exterior más del 40% de su ahorro, y si hablamos de migraciones, los movimientos migratorios acaecidos en aquella época dejan pequeño cualquier fenómeno reciente.

Es a partir del siglo XIX cuando se puede empezar a hablar de

9 Paul Krugman, *Vendiendo prosperidad*. Ariel, 1994. Barcelona. p.234 y ss

una economía global y de mundialización. Desde esa fecha ha habido sin duda cambios notables; pero se puede considerar que todos ellos se mueven en la órbita cuantitativa. Más integración en determinados momentos, y menos en otros. Lo que desde luego sí se modifica es la respuesta dada por los poderes políticos, por los Estados, ante la realidad económica, según hayan asumido una postura más intervencionista o hayan permitido total libertad a las fuerzas económicas y a los capitales para imponer su ley y sus conveniencias.

Lo que sin duda sí ha cambiado de manera sustancial son los mercados financieros. Actualmente, tienen muy poco que ver con la economía real. Más del 90% de sus operaciones no obedece a transacciones comerciales sino a meras actuaciones especulativas. Pero estas innovaciones no se derivan de ninguna fuerza fatalista más allá del control del hombre y de la sociedad, obedecen más bien a la distinta postura adoptada por los poderes políticos abdicando de sus competencias y permitiendo que el capital se mueva con total libertad. Tienen su origen precisamente en ese fundamentalismo neoliberal al que se dice querer combatir. Lo novedoso no es el mundo ni la economía, sino el hecho de que la totalidad de los gobiernos, imbuidos de los presupuestos neoliberales, hayan renunciado a practicar cualquier política de control de cambios. En esas coordenadas, hablar de que la democracia debe primar sobre el mercado -tal como hace el documento citado- es pura palabrería sin ningún contenido. Porque la contradicción ya se ha producido y hoy son los mercados, los poderes económicos, los que imponen sus condiciones a los poderes políticos, pero tan sólo porque los neoliberales -o los social-liberales, es igual- han asumido previamente que la economía es autónoma respecto a la política

La globalización lejos de ser la causa es más bien el efecto. Lo que hoy se llama internacionalización de la economía es ante todo liberalización. Los avances en las técnicas de comunicación y

de transporte conforman solo un medio, un instrumento, que dota de posibilidades pero nada más, y nada sería sin una nueva ideología que pretende liberar a la economía del poder democrático. Las épocas de triunfo ideológico del liberalismo económico son también las que en mayor grado se da la internacionalización de la economía. Así, por ejemplo en la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de que lógicamente el desarrollo tecnológico era menor, presentó una mayor integración económica a nivel internacional que en los años cincuenta y sesenta del presente siglo e incluso en algunos aspectos mayor que los momentos actuales.

El origen ideológico del fenómeno aparece también de forma clara al advertir que esa pretendida globalización no se da en todos los aspectos de la realidad económica solamente en aquellos que interesan al poder económico. Así mientras la internacionalización (liberalización) es total en lo que hace referencia a los flujos financieros y a los movimientos de capitales, la restricción es también absoluta en materia de movilidad de mano obra. La proclamada aldea global se encuentra escindida en cuadrículas, fortificadas y amuralladas a efectos de impedir los no deseados movimientos migratorios. Y en materia de comercio exterior se impone también la selección, el libre cambio o el proteccionismo alternan según las conveniencias.

Si insisto tanto en esta idea es porque me interesa rebatir ese argumento un tanto ingenuo, aunque no por eso menos extendido, acerca de que la realidad económica actual no permite aplicar las soluciones y formulaciones que sí eran posibles hace años. No es la realidad económica la que ha cambiado sustancialmente, sino la ideología y la actitud política frente a esa realidad, y la mayoría de los cambios que atribuimos a la primera son simples consecuencias de las segundas. La economía de Gran Bretaña en tiempos de Keynes no era precisamente una economía cerrada. Y muchas de las críticas ejercidas a la orientación de la política económica de su tiempo se centraban en algo que hoy sería de plena

aplicación, que el bienestar de los países no se puede basar en una inútil competencia entre ellos, mediante la cual cada uno pretende arrebatarse al otro un trozo del pastel —lo que hoy llamamos competitividad—, sino en el crecimiento y expansión de las distintas economías, con lo que todos saldrían beneficiados.

Desde 1971, fecha en que Estados Unidos acepta la libre circulación de capitales, ésta se va imponiendo en todos los países, pero con ella también el imperio del dinero frente a los órganos democráticos. Actualmente, los mercados financieros tienen muy poco que ver con la economía real. Es cierto que la especulación y la irracionalidad han estado siempre presentes en los mercados financieros. Basta leer la obra de Galbraith “Breve historia de la euforia financiera” para ser conscientes de ello. Hoy nos resulta increíble que en el pasado se pudieran pagar sumas astronómicas por un bulbo de tulipán o por acciones de sociedades que nada valían. De la Historia se entresaca una enseñanza más: que allí donde los mercados no han estado reglados la catástrofe económica ha sido siempre la consecuencia.

Lo que llamamos globalización es tan solo la pretensión del capital de huir de todo control democrático, como demuestra el hecho de que mientras se crean espacios supranacionales en materia mercantil y monetaria tales como la Unión Europea se rechaza cualquier intento de crear a ese nivel instancias fiscales y políticas verdaderamente democráticas. La soberanía se le hurta a los Estados para transferirla a los mercados o a instituciones políticamente irresponsables como el Banco Central Europeo.

La Unión Europea

Pero será quizás en el proyecto de Unión Europea donde aparezca de forma más clara el intento de insurrección del capital de las ligaduras democráticas. Porque tal vez haya sido en los países

Europeos en los que más se había avanzado en la construcción del Estado Social. La Europea que se está construyendo es sin embargo una involución clarísima en este proceso. Se ha dicho, por activa y por pasiva, que en la Unión Europea existe un fuerte déficit democrático, tanto que ya es casi un tópico afirmarlo. Las pequeñas modificaciones introducidas en Maastricht no cambian sustancialmente el esquema. Las competencias de la Comisión, carente de legitimidad democrática, son amplísimas y, en el Consejo, cada gobierno se escudará en los demás para justificar aquellas medidas sobre las que se le demanden responsabilidades políticas. A su vez, la única institución verdaderamente democrática, el Parlamento, carece de competencias.

Este vacío político y democrático se ha percibido incluso durante todo el proceso de decisión y aprobación en el que los distintos gobiernos, y no sólo el español, han procurado que la opinión pública estuviese ausente e ignorante de lo que se estaba jugando. Se ha configurado como exclusiva competencia de los gobiernos, y sólo ellos, y tal vez los “lobbies” económicos que actúan detrás, parecían realmente enterados.

Que esta filosofía antidemocrática subsiste detrás de toda la construcción de la Comunidad aparece de manera nítida en el diseño del futuro Banco Central Europeo, al que se configura como órgano autónomo e independiente ¿Independiente de quién?, ¿de dónde le vendrá su legitimidad?, ¿ante quién responderá democráticamente?, ¿en función de qué criterios ideológicos adoptará sus decisiones?

Es ya antigua la pretensión de separar la política monetaria de la política general, y de mantener sus mecanismos de decisión a salvo de las presiones populares. Late, en lo más profundo de esta filosofía, una desconfianza radical en la democracia y el rechazo a dejar la economía en manos de los políticos. Estos son demasiado vulnerables a las demandas de la “masa” y dependen en

exceso de sus electores.

Aun conociendo el sesgo economicista del Mercado Común y los intereses existentes tras todas sus normas e instituciones, resulta difícilmente comprensible cómo doce países, teóricamente paradigmas de la democracia occidental, alumbran un sistema tan profundamente antidemocrático como la Unión Monetaria diseñada en Maastricht. Al Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC), formado por el Banco Central Europeo (BCE) y los bancos centrales nacionales, se le asigna en exclusiva la competencia en materia monetaria (art 105, &2) y al mismo tiempo, en el ejercicio de estas facultades, se le prohíbe solicitar o aceptar instrucciones de ninguna institución u organismo comunitario ni de los gobiernos y Estados miembros. Es decir, sólo responden “ante Dios y ante la Historia”.

La política monetaria (y con ella en cierta forma toda la política económica) se coloca así al margen de los avatares políticos, de las ideologías, de las preferencias sociales y de la voluntad popular. La teórica estabilidad de precios se ubica como objetivo primario y esencial de la política económica, y a ella tendrá que subordinarse cualquier otra finalidad. Y para dejar atado y bien atado este axioma, su instrumentación se separa del control de los órganos democráticos y se entrega a instituciones pretendidamente neutrales. Los gobiernos y parlamentos deberán conformar el resto de su política económica a las coordenadas monetarias establecidas por el SEBC, y cualquier desviación del mapa trazado será castigada con la recesión y el desempleo. Las organizaciones sindicales quedarán apresadas en una fuerte tenaza que les obligará a ajustar sus reivindicaciones salariales a la senda marcada por la autoridad monetaria o convertirse, en caso contrario, en responsables de la recesión y del paro. Pero, lo que es aun más grave, el desempleo será el coste a soportar no sólo cuando el aumento de precios obedezca a una falta de moderación salarial, sino cuando se produzca por la pretensión de mayores be-

neficios de los empresarios, o cuando los “sabios monetarios” se equivoquen, cosa que suele ocurrir con bastante frecuencia sin que se les puedan exigir responsabilidades.

La política monetaria se ha refugiado en un lenguaje arcano, misterioso, que muy pocos dominan. Será, con seguridad, dentro de la disciplina económica, la parte más esotérica y menos accesible, y a la que se ha querido revestir de un carácter más técnico y neutral. Sin embargo, la historia económica de todos los países está plagada de situaciones en las que una política monetaria restrictiva —no sé por qué, pero las políticas monetarias siempre tienen una finalidad restrictiva— ha originado efectos desastrosos, y salir de la crisis sólo ha sido posible tras muchos años de sacrificios y después de pagar un alto coste, tanto bajo la forma de menor crecimiento como de aumento del desempleo. Es relativamente fácil deprimir una economía, pero mucho más difícil reactivarla.

Pero, entonces, ¿por qué goza de tan buena prensa la política monetaria? Existen muchos intereses en juego. Las restricciones monetarias, con las consiguientes elevaciones de los tipos de interés, benefician a los poseedores de capital frente a los asalariados, y al capital financiero frente al industrial. La escasez de créditos y su encarecimiento grava negativamente a las economías familiares y a la pequeña y mediana empresa, mientras que las grandes sociedades suelen poseer otras fuentes alternativas de financiación y pueden defenderse mejor ante la subida del precio del dinero. Traspasando los velos de mediación cognoscitiva que, como trampas intelectuales, crea la teoría económica, lo cierto es que, de los dos factores a los que se puede reducir en última instancia toda actividad productiva, los altos tipos de interés mejoran la rentabilidad del capital y perjudican al factor trabajo, bien mediante el incremento del paro, bien mediante la reducción del salario real.

La política monetaria se ha convertido en una sutil arma de los poderes económicos y de las fuerzas conservadoras. Las restricciones monetarias fuerzan a gobiernos y sindicatos a moderar sus pretensiones económicas bajo la intimidación de la crisis y el paro. El chantaje resulta eficaz. En la lucha perenne entre clases sociales que significa el proceso de distribución de la riqueza y la renta, la amenaza del torniquete monetario suele ser un instrumento disuasorio de las exigencias de mayores salarios de las organizaciones sindicales, y de la propensión de los gobiernos actuales a incrementar los gastos sociales como consecuencia de la presión de sus electores. Si la advertencia no es escuchada, las medidas restrictivas impondrán, a través de duras condiciones económicas, el equilibrio original.

Este sistema institucionaliza en el marco de la futura Unión Europea las ambiciones más queridas del pensamiento conservador: liberar a la economía de la política, emanciparla de todo control democrático. Se constitucionaliza una determinada política económica, dominante en los últimos años en el mundo occidental, que ha instalado a todos los países en tasas de desempleo inimaginables a principios de los años 70. Representa la muerte del Estado social y de su política de pleno empleo.

Este proyecto aún no ha visto la luz. Pero lo cierto es que su solo diseño está actuando ya en los países miembros a través de las modificaciones de los estatutos de sus bancos centrales, condición impuesta por el propio Tratado de Maastricht. Concretamente en España, la Ley de Autonomía del Banco de España modifica sustancialmente la Constitución, es incompatible con el marco económico diseñado en ella y representa una involución en el desarrollo de los principios democráticos.

El modelo que se perfila constituye una clara involución de lo que ha sido el proceso europeo de desarrollo, enmarcado en las coordenadas del Estado social de derecho. La ausencia de una po-

lítica social comunitaria genera el riesgo, e incluso la certeza, de que los países miembros intenten mejorar sus respectivas posiciones competitivas basándose en bajos costes laborales, y los sindicatos nacionales se encontrarán cautivos en la difícil encrucijada de o bien renunciar a toda mejora laboral o social, o bien ser tildados de responsables del deterioro de la inversión y del crecimiento del desempleo.

La libre circulación de capitales, sin una armonización fiscal previa, implica la condena a muerte de un sistema fiscal progresivo. Todos los países tenderán, lentamente pero de manera continuada —con el fin de atraer capital o simplemente de que éste no emigre a otras zonas fiscales más benignas—, a reducir la tributación de las rentas no salariales. Esta mutua emulación desembocará, indefectiblemente, en sistemas tributarios basados en impuestos sobre las nóminas e indirectos, sobre el consumo, y por lo tanto regresivos.

El Mercado Único se ha construido bajo supuestos falsos y sin haber colocado con anterioridad los cimientos necesarios. La libre circulación de capitales habría exigido, como mínimo presupuesto previo, una armonización de la imposición directa entre todos los países y unas reglas comunes de persecución del fraude. Cualquier desigualdad en la presión fiscal sobre el capital, bien sea en el ámbito normativo o bien de hecho por existir distintas posibilidades de evasión, introduce elementos espurios de competencia capaces de generar movimientos de fondos de unos países a otros. Es curioso que la Comunidad, que ha generado toda una maraña normativa para armonizar todo lo armonizable y evitar así que se violen las sacrosantas reglas de la competencia, permanezca totalmente pasiva ante las disparidades fiscales. Esta aparente falta de lógica tiene su explicación, explicación que se encuentra en la presión de las fuerzas conservadoras, en los supuestos del neoliberalismo económico y en las conveniencias del poder económico. Si no se da una armonización fiscal por acuer-

do político entre los Estados, ésta se acabará produciendo, pero bajo unas coordenadas de mínimos, es decir, todos los países tenderán a dejar libre de tributación el capital y sus rentas, que es lo que precisamente desea el capitalismo internacional.

Se defiende un mercado transnacional, pero se niega cualquier unidad política en el mismo marco internacional, e incluso se boicotea cualquier acuerdo entre los Estados que sirva de norma y regla para el juego mundial del mercado. Aceptar estos principios es sin duda perder la batalla, asumir que la economía es autónoma y que el Estado nada tiene que hacer o, más bien, nada puede hacer para corregir las desigualdades creadas por el mercado.

A poco que se bucee en la historia de ese viejo continente que es Europa, se descubre de manera inmediata los muchos siglos que se han necesitado para la formación de las unidades territoriales que hoy llamamos Estados. El proceso, desde luego, ha sido cualquier cosa menos pacífico y estable. Incluso, en la actualidad, las tendencias centrífugas permanecen muy presentes.

Por eso no se puede por menos que contemplar con gran escepticismo y considerar como algo ilusorio la pretensión de realizar en pocos años la unión de países y regiones tan diferentes, con idiomas, instituciones y tradiciones diversas. Es mero voluntarismo, voluntarismo que se transforma en demencia cuando lo que se pretende integrar no son ya seis Estados más o menos homogéneos económicamente, sino cuando, a un ritmo vertiginoso, se pasa de los seis a los doce, más tarde a quince, y se proyecta para un futuro inmediato extenderlo a treinta.

Es cierto que algunos se apresurarán a argumentar que no se trata de crear ningún otro Estado supranacional ni ninguna federación de Estados. Lo único que se pretende es la formación de un espacio económico libre de injerencias políticas, donde las mercancías y el capital puedan moverse a sus anchas y sin obstáculos.

culos, introduciendo tan sólo aquellos elementos comunes, como la moneda única, necesarios para que ese supramercado funcione. Pero, si es así, dígase abiertamente y abandónese, pues, todo discurso melifluido y transcendental del que normalmente se revisten los defensores de la actual Unión Europea. Planteadas así las cosas, nos encontramos ante un mero tema pragmático: a quién beneficia y a quién perjudica, y en qué grado.

En estos términos, sí aparece la verdadera naturaleza del proyecto, su asimetría y, por lo tanto, su intrínseca perversidad; porque mientras determinados aspectos —los mercantiles, monetarios y financieros— se supranacionalizan, los políticos, sociales, laborales y fiscales permanecen en el estricto ámbito de los Estados-nación, impotentes ya para limitar y compensar el poder económico y corregir los fallos y las enormes desigualdades que se generan en los mercados cuando se les abandona a sus propias leyes.

El problema no radica en que los Estados-nación pierdan soberanía, sino en que no existe ninguna institución política y democrática —ni parece que la vaya a haber a corto plazo— que pueda asumir la soberanía cedida. Lo que en realidad entra en crisis es el propio concepto de democracia, porque las competencias se hurtan a las instituciones políticas nacionales —que aun con todos sus defectos e imperfecciones se basan en principios democráticos—, para entregarse a los mercados dominados por el poder económico y a instituciones seudotécnicas y políticamente irresponsables, como el Banco Central Europeo. El actual diseño de la Unión Europea hace imposible el concepto de Estado que hoy figura en todas las constituciones de los países europeos, el Estado social, para retornar a otro que se creía definitivamente abandonado: el liberal del siglo XIX, el del *laissez faire*, el Estado gendarme, el Estado policía, que se cruza de brazos ante los desequilibrios y desigualdades que se originan en el mundo económico.

La futura Unión Monetaria clausurará este proceso, porque los gobiernos nacionales perderán toda posibilidad de instrumentar una política económica; es más, al control de la inflación y a la estabilidad monetaria se tendrá que sacrificar —ya se está sacrificando— cualquier otro objetivo económico: crecimiento, empleo, redistribución de la renta, etcétera. Resulta sencillo adivinar a quién beneficia y a quién perjudica este nuevo esquema, y a dónde nos conduce. No es por casualidad que, en los momentos actuales, los distintos países europeos tengan los mayores niveles de paro de su historia reciente y, por el contrario, que las etapas de expansión y crecimiento sean cortas y de baja intensidad. No es por azar que hoy se afirme sin rubor que ese Estado del bienestar, que sí era posible hace veinticinco años, hoy no lo sea, cuando en cualquier país se produce dos veces lo que entonces, es decir, cuando nuestras sociedades son el doble de ricas.

Si en el ámbito nacional son las capas de población menos favorecidas las que están sufriendo los efectos negativos de este loco proyecto, en el orden internacional las consecuencias serán especialmente desastrosas para los países más pobres. Si se llegase a realizar la Unión Monetaria, las distintas economías se verían obligadas a trasladar al campo real todos los ajustes derivados de cualquier perturbación económica. Es fácil imaginar en qué se hubiese convertido la Alemania del Este si el proceso de unificación alemán hubiese discurrido por los mismos cauces que la Unión Europea.

Tan sólo los intereses económicos que se ocultan tras el mercado europeo y la moneda única pueden explicar la obcecación de la práctica totalidad de los jefes de Estado y de gobierno en llevar adelante un propósito tan claramente disparatado. Los hechos, broncos y tozudos, indican día a día la inviabilidad de este proyecto tal como está diseñado y, lo que es más preocupante, las graves consecuencias —muchas de ellas irreversibles— que se derivarían si al final los distintos gobiernos se empeñasen en cons-

truir la unidad a “martillazos”.

El Fondo Monetario Internacional

Si nos trasladamos al tercer mundo ha sido el FMI el portavoz del neoliberalismo económico y el encargado de imponer en ellos sus principios y política. Las instituciones son como monstruos, una vez fundadas adquieren dinámica propia y sobreviven a la finalidad para la que se las creó. Nos acostumbramos a ellas, y nadie se pregunta si en las nuevas coordenadas continúan teniendo vigencia. El FMI se constituyó como instrumento al servicio de un Sistema Monetario Internacional que hace más de veinte años que periclitó; alguien entonces debió de afirmar que el Fondo había muerto, pero como cadáver se ha mantenido a lo largo de estos veintitantos años, y nada más pesado que arrastrar un cuerpo inerme. Es importante hacer memoria, y plantearse cuál fue su origen, cuál ha sido su actuación y cuál es el papel que asume en la actualidad.

La imagen que hoy se pretende ofrecer de él como institución técnica y objetiva está muy alejada de la realidad. Desde su origen, el FMI ha sido una instancia política. Nace como pacto entre los países ganadores de la Segunda Guerra Mundial, de cara a establecer un nuevo orden económico mundial y un sistema monetario que garantizase el funcionamiento del comercio internacional, de acuerdo con los cánones liberales que propugnaba y convenían a Estados Unidos, país realmente hegemónico tras la contienda. El acuerdo anglonorteamericano fue desigual; la situación de ambos países era muy distinta. Gran Bretaña había sufrido la parte más dura de la guerra, su economía estaba hundida y sus finanzas hipotecadas por la deuda de los suministros, necesitaba la ayuda norteamericana y no tuvo más remedio que plegarse a los dictados de Estados Unidos. Por eso en Bretton Woods, y ya antes en las reuniones preparatorias de Washington y de

Atlantic City, se impuso, para la creación del FMI, el diseño de White -representante norteamericano- y no el de Keynes, comisionado por Inglaterra.

A Keynes le cupo la ingrata labor de convencer a sus conciudadanos de un proyecto que él no compartía, pero que juzgaba necesario, al ser el coste que deberían pagar por mantener la alianza anglonorteamericana, condición imprescindible para la recuperación económica de Gran Bretaña. Pero, al mismo tiempo, asumió, una vez más, el no menos desagradable papel de Cassandra. En esta ocasión frente a Estados Unidos, anunciando los peligros que se derivarían de tal proyecto. Keynes planteó sin éxito las condiciones raquíticas del diseño y la carencia de liquidez mundial de la que se partía; la asimetría del sistema que, si bien penalizaba a los países deudores y les obligaba a realizar duros ajustes, no exigía que se implantasen medidas correctoras en aquellos Estados que presentasen superávit en sus balanzas de pagos -principalmente, en aquella fecha, Estados Unidos-; y por último y quizás más importante, el riesgo que existía de que el FMI se convirtiese en un instrumento político al servicio del país o países hegemónicos en el concierto internacional, no sólo porque su sede se situase en el país de más cuota y porque los directores ejecutivos residiesen permanentemente en la sede -aspectos que Keynes criticó-, sino porque la capacidad de girar contra el Fondo no se configurase como un derecho de los países deudores, sino como una concesión discrecional que la institución concedía bajo determinadas condiciones e intromisiones en las políticas económicas nacionales.

Al igual que en otras muchas ocasiones, las advertencias de Keynes se hicieron realidad. Muy poco tiempo se necesitó para comprobar la inoperancia del recién estrenado Sistema Monetario Internacional; la libra esterlina no tardó en suspender la convertibilidad, y tan sólo los millones de dólares del plan Marshall fueron capaces de devolver la tranquilidad y solucionar momen-

táneamente la asimetría y falta de liquidez del sistema. Posteriormente, el equilibrio se mantuvo por la nueva condición de deudor de Estados Unidos y por el hecho de que el resto de las naciones aceptaron el dólar como moneda de reserva, pero al coste de que todos los países, pobres y ricos, financiasen gratuitamente el déficit comercial y, por lo tanto, el crecimiento económico de Norteamérica. Antes o después la confianza en el dólar se tenía que resquebrajar, como ocurrió a principios de los setenta cuando se declaró su no convertibilidad, hundiéndose el sistema y entrando en flotación las distintas monedas.

Pero donde Keynes acertó en mayor medida fue al vislumbrar el peligro de que el FMI se convirtiese en un mecanismo de dominación política. La actuación de esta institución, principalmente en el Tercer Mundo, confirmó con creces esta predicción. Es bien conocido el aciago papel asumido por el FMI. El apoyo económico prestado a los países en desarrollo, amén de hacerlo en muchas ocasiones casi en condiciones financieras de mercado, se ha supeditado a la puesta en ejecución de toda una serie de medidas de política económica que en la mayoría de los casos iban en detrimento de las economías de esos Estados, pero en consonancia con los intereses de las grandes potencias y del capitalismo internacional. Los costes sociales de sus dictámenes eran tan elevados que pocos países podían adoptarlos si no eran dictaduras o se comportaban como tales. No sin cierta ironía se ha afirmado, por parte de algunos, que él solo ha derrocado más gobiernos que Marx y Lenin juntos. El FMI ha sido la catedral de las teorías conservadoras en materia de política económica, y el brazo armado en el tercer mundo de los intereses americanos y de las grandes multinacionales. Quizás sea éste el único papel que actualmente mantiene. No es casualidad que su cincuenta aniversario haya levantado un movimiento de protesta internacional, tan fuerte como el que se ha aglutinado alrededor del Foro Alternativo y el de la Campaña Cincuenta Años Bastan.

A lo largo de todos estos años, el F.M.I. ha aparecido como fuente de financiación de aquellos países en vías de desarrollo que tuvieran necesidad de divisas por dificultades en sus balanzas de pagos, pero esta ayuda no se percibía de manera gratuita, sino condicionada al precio de amoldar las políticas económicas nacionales a las prescripciones del F.M.I. Se debía recortar el volumen y la influencia del sector público en favor del sector privado, pasando de situaciones de déficit a las de superávit presupuestarios; al mismo tiempo, se exigía retraer fondos de las industrias que atendían al mercado interior, hacia aquellas orientadas a la exportación, con el objetivo de producir un excedente en su comercio internacional de artículos de consumo y, en consecuencia, una corriente neta de ingresos en divisas que pudiera ser utilizada para pagar los intereses y dividendos a los acreedores de otros países. Normalmente se les obligaba a devaluar el tipo de cambio de su moneda con el fin de aumentar el precio de las importaciones y disminuir el de las exportaciones.

Las consecuencias de estas políticas resultaban, a menudo, desastrosas. Cortaban la posibilidad de desarrollo a medio plazo y disminuían el nivel de vida de la mayoría de la población, excepto el de los ricos, los cuales veían incrementadas considerablemente las posibilidades de evadir capitales gracias a la liberalización de los controles cambiarios que el propio Fondo imponía. Se creaba una especie de círculo vicioso, donde el dinero evadido volvía en forma de préstamo, y donde los intereses de los créditos y las nuevas evasiones que permitían las medidas liberalizadoras, hacían necesaria la concesión de nuevos préstamos. Durante 1984, por ejemplo, los países en desarrollo ingresaron en el sistema bancario internacional el doble de lo que obtuvieron del mismo. Esta evasión de capitales generalizada fue siempre ignorada por el F.M.I., que, eufemísticamente, llamó a los déficit crónicos de la balanza mundial de pagos, discrepancias estadísticas.

Las devaluaciones en los tipos de cambio no provocaron un

aumento de los ingresos de la balanza de pagos como consecuencia de incrementar las cantidades exportadas, sino más bien los redujeron vía disminución de los precios de los artículos exportados. Los cambios experimentados en las balanzas comerciales no se produjeron, por tanto, por la expansión de las exportaciones, tal como había previsto el F.M.I. sino por un colapso de las importaciones, principalmente en bienes de equipo, recambios industriales y alimentos que ocasionaron la parálisis del crecimiento y desarrollo de dichos países. El dinero antes gastado en importaciones e inversiones tuvo que ser empleado en el pago de intereses y amortizaciones de la deuda.

Los recortes en el sector público no solo crearon estrangulamientos importantes al desarrollo económico, sino que generaron costes sociales difíciles de asumir y ocasionaron intranquilidades políticas y económicas que incrementaron las fugas de capitales. Ya en los años sesenta el vocablo "tumulto Fondo" estaba perfectamente asimilado al argot de los pueblos en vías de desarrollo. No es de extrañar, pues, que la mayoría de los países se hayan resistido siempre a acudir al Fondo, y que tan solo lo hayan hecho en situaciones críticas, y una vez que agotadas otras fuentes de financiación.

Múltiples serían los casos que podrían citarse sobre las consecuencias desastrosas que para los distintos países en vías de desarrollo ha tenido la ingerencia del Fondo, permítasenos tan solo citar como ejemplo anecdótico el caso de Turquía: en 1980 el gobierno logró del F.M.I. la concesión de un empréstito de 1.600 millones de dólares, las condiciones eran las de siempre: devaluación de la moneda, altos tipos de interés, reducción del sector público, e, implícitamente, congelación salarial. Ante las explicaciones de Turgat Ozal, Ministro de Planificación, Bulent Ecevit, jefe de la oposición, comentó: "Un modelo que ha ido a la quiebra en Latinoamérica se importa ahora en Turquía, o bien no funcionará o bien impondrá restricciones a la democracia. No puede

aplicarse sin bayonetas”. Unos meses más tarde los militares se hacían con el poder.

Se ha generado una situación asimétrica. La influencia del Fondo ha sido nula e inoperante en los países ricos, más bien eran éstos los que influían en aquél; por el contrario, el Fondo ha impuesto en múltiples ocasiones una tiranía económica a aquellas naciones que necesitaban de su financiación, obligándolas a adoptar en su política interna sus prescripciones, aun cuando fueran nefastas para su economía. En los momentos presentes, para los países desarrollados, el FMI es una reliquia del pasado que carece de función como no sea la de legitimar con sus informes -realizados muchas veces al dictado- las políticas económicas de los gobiernos conservadores, y servir de coartada al carácter anti-social de ciertas medidas de política económica.

Permítanme que termine tal como empecé, citando a Fukuyama y a ese su libro *El fin de la historia y el último hombre* ya que le considero representante y paradigma de toda una manera de pensar y lo que es peor de actuar que dan por inmutable el orden existente precisamente porque les gustaría que este no pudiese cambiar.

El futuro de la humanidad debe constreñirse a lo que él, Francis Fukuyama, puede concebir o pensar, y como su mente es incapaz de imaginar nada más perfecto que el sistema capitalista y la democracia liberal, es evidente que la historia humana ha llegado al punto final. Nos encontramos en el mejor de los mundos posibles.

Pero los largos meandros de sus libro terminan siempre en mostrarnos a la sociedad actual norteamericana como paradigma, la nueva Jerusalén, ciudad de Dios, fin de la historia, e identificar al último hombre con el ciudadano yanqui. Esa es la definitiva morada. Los pueblos, las naciones, la sociedades están en el camino y se acercarán o alejarán de la meta en función de cómo se

adapten al modelo.

Por eso al final del libro, Fukuyama puede concebir a la humanidad como una larga caravana de carretas que avanzan por el camino y que aún siguiendo rutas dispares, dando rodeos, realizando paradas más o menos prolongadas, padeciendo accidentes o ataque de los indios, incluso equivocando el sendero, antes o después llegarán al paraíso de perfección del que algunos privilegiados ya gozan.

Fukuyama ratifica la afirmación de Kojève, su padre espiritual, (gran parte del libro consiste en repetir las ideas que Alexandre Kojève desarrolla con la pretensión de interpretar Hegel) de que «la América de posguerra es la sociedad sin clases de Marx en el sentido de que si bien no se ha eliminado toda desigualdad social, todas las barreras que persisten son en cierto modo “necesarias y no erradicables” debido a la naturaleza de las cosas y no a la voluntad del hombre. Dentro de estos límites, afirma, puede decirse que la sociedad ha conseguido el reino de la libertad de Marx, al abolir realmente la necesidad natural y al permitir a la gente que se apropie de lo que quiera a cambio de una cantidad mínima (en términos históricos) de trabajo».

Las desigualdades actuales son para Fukuyama accidentes, defectos necesarios en el funcionamiento del sistema. No afectan en absoluto a la validez del modelo. Algunos podrán solucionarse en el futuro, la mayoría tan imprescindibles como los desniveles energéticos, para que nuestra sociedad sea dinámica. Lo peligroso es la ley de la entropía.

Fukuyama no ve contradicciones en el sistema, es de suponer que escuchará con suma naturalidad el informe de la Reserva Federal acerca de que el 1% de las familias más ricas de Estados Unidos (834.000) acumulan la misma riqueza que el 90 por ciento de estrato inferior (84 millones de familias).

Y que decir del ámbito mundial. Claro que para Fukuyama la responsabilidad radica en los propios países subdesarrollados. Nueva versión de que los pobres son los culpables de su pobreza.

La teoría de la dependencia se despacha con la fácil estrategia de poner el ejemplo de los países del sudeste asiático. La solución al desarrollo económico consiste en que los trabajadores sepan aceptar condiciones laborales tan duras como sean exigidas por el capital.

Frente a esa visión idílica de los miles de Fukuyamas apologistas del actual orden económico internacional, resuenan las palabras proféticas de Leonardo Boff.

“Ahora, cada vez se habla menos de desarrollo y más de mercado y de integración en el mercado mundial. En ese proceso de mundialización dentro del sistema neoliberal, nosotros ni siquiera tenemos el privilegio de ser subdesarrollados, nosotros somos excluidos. No contamos para nada porque no tenemos competencia en el mercado mundial. Los que no tienen competencia no existen en el mercado. Y los excluidos del mercado están abocados a la muerte (...). Esta situación actual es para mí la más dramática de las que han padecido América Latina y África: estamos fuera del proceso mundial como excluidos, entregados a nuestra propia suerte, con niveles de miseria como jamás hemos tenido en nuestra historia. Antes éramos pobres, pero teníamos esperanza; hoy somos más pobres y no tenemos esperanza”.